

ALFARES DE EXTREMADURA



La Comunidad Alemana de Investigación Científica — institución que financia estudios con donaciones y fondos procedentes de las grandes compañías financieras de Alemania Federal— ha hecho posible que el proyecto de Rüdiger Vossen, director de la Sección Euroasiática del Museo Etnográfico de Hamburgo, se esté realizando. Tal proyecto consiste en el recorrido de todos los centros alfareros de España. He tenido la suerte de que Vossen me eligiera como miembro español del equipo de trabajo, y en la tarea estoy. Las escasas noticias (1) escritas que existen sobre la mayoría de los lugares donde se hace cerámica popular se completan con la información casi exhaustiva que proporciona la investigación de trabajo de campo en los alfares. Una vez en el alfar, se recoge toda la información posible: número de alfareros todavía en el oficio y número que había antes y después de la guerra; manera de extraer la arcilla, acarreo al alfar, proceso de preparación de la pasta, torno y nombres que reciben las distintas partes que lo forman, vasijas que se han fabricado y fabrican, modificaciones introducidas en la producción y sus causas, forma de cocuhara; tipo de horno, leña, tiempo empleado en la cocción, precios de las piezas, Seguros Sociales de los que goza o no goza el alfarero, impuestos, forma de venta y distribución, situación de la producción en el momento actual... En fin, todo lo que etnológica y sociológicamente interesa conocer, completando todo este material con fotografías y películas. Vossen y Wulf Köpke —estudiante de la Universidad de Berlín y miembro del equipo— adquieren, además, las vasijas representativas de cada centro, y en ocasiones herramientas del oficio: «paletas» de tupir las paredes de las tinajas, antiguos modelos de hacer tejas o ladrillos, sin olvidar muestras de las arcillas y «cascos» de los que se rompen durante las cocciones. Confieso que me alegra que este material, muy barato de adquirir y frecuentemente regalos de los propios alfareros, se recoja para el Museo Etnográfico de Hamburgo, pero lamento que mis intentos de adquirirlos yo misma para el Museo del Pueblo Español, de Madrid, hayan fracasado, no por mala

voluntad de la Dirección, sino por la dificultad de aligerar los trámites burocráticos encaminados a conseguir de las instituciones estatales oportunas unas pocas pesetas para poder así completar la colección —nada exhaustiva, por otra parte— de cerámica popular del citado museo. ¡Lástima! Dentro de unos pocos años, los etnólogos españoles que se dediquen al estudio de la alfarería de nuestras tierras tendrán que ir a Hamburgo a estudiarla (2).

El subdesarrollo tiene sus ventajas para fines etnológicos. Es indudable que a mayor desarrollo económico e industrial, menores vestigios de cultura material inserta en unas formas de vida tradicional que el propio desarrollo barre velozmente. Sin embargo, no hay que lamentarse de que en zonas de cántaros y botijos los centros alfareros dedicados a su fabricación estén en franca decadencia. No obstante, quedan los suficientes como para que el trabajo de in-

vestigación de campo haya llevado en Andalucía y Extremadura dos meses de tiempo, con jornadas de doce horas y sin pausa dominical. (En esta cuestión se han seguido las condiciones de trabajo de los propios alfareros, ayudadas por el proverbial tesón germánico...)

Como he dicho más arriba, no debemos sentir en exceso que los hermosos cántaros desaparezcan, ya que ello ha estado unido a una vida tradicional todo lo literaria y romántica que queramos, pero profundamente dura e injusta. Lo que si es de lamentar es que este estudio total de la alfarería española, tanto decorada como sin decorar, no esté siendo hecho ni siquiera con la colaboración de una institución española que recogiera los últimos rastros materiales de una vida rural en trance de evolución y desaparición. No sería empresa costosa. La Comunidad Alemana de Investigación Científica concedió a Vossen una subvención de tres mil trescientos marcos para todos los gastos, además de una furgoneta Vossen una subvención de treinta y tres mil trescientos marcos para todos los gastos, además de una furgoneta Volkswagen. Los gastos incluyen: siete meses de trabajo de cuatro personas, con un salario mensual de 1.300 marcos; compra de las vasijas y herramientas del oficio alfarero, gasolina, embalaje de las piezas y transporte a Alema-

nia. La investigación empezó en abril, y ya se han embalado más de 1.500 vasijas. No creo que el Estado español o alguna importante Fundación cultural no pueda disponer de estos medios para realizar la misma recogida. Asegurarla que no sería difícil encontrar las personas con preparación para ello, y dado que Vossen está dispuesto a suministrar la información de los centros existentes, las rutas a seguir, y que el embalaje y traslado sería dentro del país, todo ello daría como resultado un presupuesto menos alto que el concedido por la Comunidad Alemana de Investigación.

No pretendo aquí sino dar una noticia urgente y somera de alfares visitados en Extremadura. Sería imposible ni siquiera reflejar todo el material acumulado. Han sido tres semanas con muchas horas de recogida de datos visitando los alfares y hablando con las gentes del lugar, con un promedio de tres horas y media en cada alfar. Los datos, ordenados, clasificados y comparados, se publicarán en su día, probablemente en alemán.

Extremadura es tierra de alfares. Los «olleros» han abundado, y quedan centros de producción en los siguientes lugares: Casatejada, donde se hacen curiosos cocodrilos y dragones «de capricho», con vidrio oscuro. De los seis alfares que hubo en Plasencia, sólo quedan dos,

(2) De nada hubiera servido que el museo hubiera concedido una subvención, ya que a finales del mes de julio fueron trasladados todos sus fondos a los bajos del teatro Real, para instalar en su antigua sede unas oficinas dependientes del vecino edificio donde se encuentra el Consejo Nacional del Movimiento. Me informan en la dirección del fallecido museo que el traslado se hizo en veinticuatro horas. ¿Hasta cuándo estarán los fondos del museo —entre ellos, la extraordinaria colección de trajes regionales, única en el mundo— sepultados en cajas o bolsas de plástico? Dios dirá, como se decía antes.

Un grupo de alfareros de Arroyo de la Luz.



(1) La única obra de carácter general sobre la cerámica popular española es la de Corredor Matheos y Llorens Artigas, publicada en Barcelona en 1968.



Salvatierra es el centro alfarero más importante de Extremadura y quizá de España.

uno de ellos casi extinguido. En Montehermoso, famoso pueblo por sus sombreros de paja y por la forma de arreglar las camas, existen seis alfares, donde se cuecen cántaros, botijos y juguettillos. En Guijo de Granadilla, un solo alfarero, oriundo de Salvatierra, hace la producción característica de su lugar de procedencia. Ceclavin, célebre en la región por sus talleres de orfebrería popular —hoy desaparecidos—, la posee también como pueblo alfarero, si bien hoy quedan sólo dos alfares. Se fabrica loza basta, loza vidriada y decorada con tierra blanca y loza «enchinada», es decir, decorada con pequeños guijarros blancos embutidos en la pieza tierna, de un resultado bello y gracioso. Vasijas sin vidriar se fabrican en Ahigal, Torre de Don Miguel y Zarza la Mayor. Será ya por poco tiempo, porque en cada uno de estos pueblos queda un solo «ollero» (3).

Torrejoncillo presenta la peculiaridad de que el oficio del barro se divide entre tinajeros y olleros. Los cuatro tinajeros existentes recuerdan haber conocido dieciocho talleres, y el único ollero, Julián Manibardo, conoció a cuatro en la competencia. Las tinajas de Torrejoncillo son panzudas, con «gargantilla» en el cuello y orificio en la base. El «tiesto» o «baño» —base de la tinaja— se hace en el torno, y luego se le «van echando caminos», es decir, fuera ya del torno, se colocan

tiras de barro con las manos, que hacen subir la vasija y formar el «cuerpo». Se «labran» o afinan, quitando las huellas de los dedos, y se les da consistencia golpeándolas con una paleta de nogal. En la actualidad, y como ocurre en todos los centros tinajeros, se fabrican también «conos» cilíndricos. Las tinajas y conos, «empegados» con pez rubia el interior, se destinan a contener vino y aceitunas. Un tinajero, Antonio Moreno, fabrica asimismo cántaros, botijos, barriles de campo, «fogones» (anafres), «calvotos» (asaderos de castañas), «brochetas» (huchas), pucheros, ollas... y desde hace cuatro años, para vender más, hace también jarros y paragüeros de «más fantasía».

En la única ollería, la del citado Manibardo, nos enteramos que la producción tradicional se fabricaba con arcilla colorada, a la que se le daba un egobe o cubierta de arcilla más clara para «engalanar» luego con tierra más oscura. Se hacían «baños», lebrillos, pucheros «sillos» (pucheros para leche), bebederos de aves y conejos y tazas para el saneamiento...

Sigamos con tinajas. Un centro extinguido de ellas es Torre de Santa María (Cáceres), donde tuvimos ocasión de hablar con el último descendiente de la familia Poblador —Sinesio Poblador Cintado—, que tradicionalmente fabricaron tinajas de forma «alimoná» o «anaranjá», con capacidad de hasta 500 arrobas.

En Arroyomolinos de Montánchez se encuentra la fábrica de los hermanos Jiménez, dedicados en exclusividad a la fabricación de «conos»

cilíndricos de 10 a 200 arrobas (tienen encargos de hasta 300), si bien su abuelo fabricaron las tinajas panzudas del estilo de las manchegas de Villarrobledo y Colmenar de Oreja. La fabricación de los conos de Arroyomolinos principia en noviembre y termina en agosto, realizándose la cochura —única del año— en el mes de septiembre. Para el etnólogo metido a estudiar cuestiones alfareras, es importante poder precisar, ante una producción repetida en una zona no muy amplia, cuál ha sido el centro originario de un tipo de labor. En el caso de las tinajas extremeñas, y durante la recogida de material, nos afirmaban que el lugar de procedencia tinajero era Guareña, y que Castuera, durante años, había sido centro de gran importancia. Efectivamente, en este último pueblo comprobamos, al hablar con el joven cura Mariano Chamizo y con su familia, que los Chamizo, emparentados con el poeta Luis Chamizo, habían sido gentes dedicadas a la producción de tinajas y conos con organización y buenas instalaciones. Ahora bien, el Diccionario de Pascual Madoz, de 1849, no cita ni siquiera alfares en Guareña, e informa, por el contrario, de la exis-

tencia en Arroyomolinos de «una fábrica de tinajas de todas cabidas», y de Castuera dice que se «hacia alfarería ordinaria para el surtido del pueblo». Esta contradicción entre las noticias escritas y la tradición oral será, a buen seguro, resuelta por Rüdiger Vossen, que prepara un trabajo exhaustivo sobre la fabricación de tinajas.

Rastro de tinajas y conos de buen tamaño «descubrimos» en Burguillos del Cerro (Badajoz). Las que hallamos en una antigua bodega iban firmadas por Ambrosio Melo, y por nuestras indagaciones comprobamos que el apellido Melo estuvo unido a la industria del barro, que debió interrumpirse en la década de los cuarenta.

Antes de dejar el tema, conviene precisar en qué momento ocurre el paso de la manufactura de tinajas panzudas a la de conos cilíndricos, fenómeno constante en los centros tinajeros. El cono es siempre más moderno y más funcional, por ocupar menos espacio en la bodega, y comenzó a utilizarse, imitando en barro y con la técnica de las tinajas al depósito de cemento. En Colmenar de Oreja (Madrid), esto ocurre en 1907, fecha que coincide con la que nos dijeron, para el mismo

Un horno con «conos» en Arroyomolinos de Montánchez, provincia de Cáceres.



(3) Los datos de los pueblos citados hasta ahora los debo a la amabilidad de Vossen, ya que no asistí personalmente a la investigación.

suceso, en Arroyomolinos. No parece disparatado afirmar que en esa primera década de siglo acaeciera el cambio de las formas.

Sigamos la ruta. En Garrovillas hubo industria porque allí se estableció un «ollero» de Torrejón. En Brozas hubo alfareros hasta hace cuatro años, y en San Vicente de la Barquera me encuentro con el único representante de la dinastía alfarera de los «Quicos»: Ramón Borreguero, de sesenta años, y desde hace siete parado, por enfermo. Vive solo, no tiene ningún tipo de Seguro Social y su hermana vende cacharros por los pueblos, y de eso malviven los dos. Injusto fin el alfarero. ¿Quién o qué tiene que ocuparse de los artesanos viejos o enfermos? ¿Por qué morirse, casi de hambre, sin protección de ninguna clase, indefenso ante el hecho de que el producto está en baja demanda? ¿No es el producto artesanal? ¿O es que sólo vale la etiqueta como tal en exposiciones de Madrid? El espectáculo de hombres sin nada después de treinta o cuarenta años de trabajo duro y esforzado —así la alfarería—, no es nada «grato», y ante su vista pasan por la cabeza muchas explicaciones, pero ninguna en la que los conceptos de singularidad, temple, pintoresquismo, genialidad de nuestras gentes deban ser resaltados para explicar lo injusto «per se».

Arroyo de la Luz, antaño del Puerco —¡qué alegría que en ocasiones los toponímicos se cambien para mejorar!—, es un centro alfarero que tuvo gran importancia en la región. Hace casi diez años, visité el pueblo y trabé amistad con un alfarero joven y con su familia, que me proporcionaron interesantes datos. Antonio Palacín, que así se llama, ha encontrado acomodo en una fábrica de Torrejón de Ardoz, pero en enero de 1964 me escribió que había veinte alfareros, y que en 1950 había hasta treinta. «... en un zaguán sí y otro no había taller, pero hoy es un oficio que ha dado de quiebra, vivía de la agricultura, pero ya no hay labradores que necesiten cántaros ni barriles...». Efectivamente, hoy hay más ganado que cultivos, aparte de que la gente emigra al ritmo conocido de toda Extremadura, y no hay de qué espantarse al ver su situación. El tipo de vida se ha modificado, y así la industria del barro ha corrido la misma suerte.

La producción de Arroyo consiste en toda clase de vasijas, tanto de agua como de fuego: tinajas (hasta de 145 litros); cántaros de varios tamaños, siempre con dos asas y nombres dignos de otro estudio: «cantarilla de maravedí», «cantarilla de olla de espanto», «cantarilla jarrera» (para arrieros); pucheros: el «crecio», el «mestizo», el «jarrero», el «cuatreño», el «cincheño», el «cucú»; barriles de campo, «baños», huchas, «escarfares» (para calentar agua), «hornijas» (para poner fuego dentro), braseros, macetas... todo en barro bien «colorao» y de aspecto arenoso. Los siete «obradores» que quedan tienen el torno en el zaguán de la vivienda, si bien el horno es comunitario, y en las hornadas trabajan todos los alfareros, así como en la extracción de la arcilla. En la actualidad, muy poco de



Carmen López, alfarera de Campofrío (Huelva). «Allí se el cincho del piporro» (bruña la cenefa debajo del asa y el piporro del botijo.)

ALFARES DE EXTREMADURA

lo citado se fabrica. Juan Pajares y su hijo José llevan la voz cantante entre los alfareros, y hacen piezas con vidriado de colorines para uso decorativo. Por unos años les irá bien, y luego todo terminará. Dentro de quince años ya no irán ni siquiera etnólogos. Empezará el turno de los arqueólogos, que la vida y la ciencia son así.

Y vamos hacia Salvatierra, que espera tarea, a pesar de la urgencia con que escribo. Menciono antes las producciones de algunos centros chicos: Magacela, con cuatro alfares en el arrabal del pueblo, hornos excavados por debajo del suelo y horno comunitario. Trabajan sólo en el verano, y en el invierno se van al campo. Hacen cántaros, que venden a 15 pesetas, y barriles. Dos hermanos, en Cabeza del Buey, son los representantes del noble oficio, junto a un primo de ellos, que tiene otro alfar. Descienden, por traslado de los abuelos, de Hinojosa del Duque, provincia ya de Córdoba. Se

han dedicado al cántaro, al botijo, a la tinaja para aceitunas, con características formales semejantes a las de Hinojosa. Para intentar vender más, Manuel Escudero fabrica desde hace seis meses ceniceros con graciosas figuras de acento «naíf».

Trujillo conoció hasta veinte alfareros. Dos quedan. Uno, viejo ya, fabrica todavía algún cántaro, algún anafe. Como en casi toda la región cacereña, los hornos están abiertos en la parte superior y se cubren con cacharros rotos, latas, etcétera.

Fregenal de la Sierra (Badajoz) es otro centro alfarero que conoció diez talleres después de la guerra, que han ido disminuyendo hasta quedar los tres que hay actualmente. La producción tradicional consistía en platos acuñados, barriles de campo, botijos, macetas y cántaros. Estos se fabricaban en tres fases: boca, «capilla» o panza y «medio cántaro» o base. Esta forma de hacer en varias veces un cántaro ocurre en otros centros ex-

tremos, como en Montehermoso, a diferencia de Andalucía, donde se tornea de una sola vez. En Fregenal hoy ya no hacen cántaros, sino que los alfares, sobre todo el de los hermanos Gallardo García, están centrados en la fabricación de botijos en forma de gallo, vidriados con un esmalte negro intenso y brillante o los jaspeados con todos los colores del arco iris, pero, ¡oh, dolor!, realizados con pintura industrial en frío, si bien en Fregenal después vuelven al horno, con lo cual los botijos sufren tres cocuras.

Salvatierra de los Barros es, indudablemente, el centro alfarero más importante de Extremadura e incluso de España. Podemos decir que el pueblo vive de la alfarería, ya que existen más de sesenta fábricas y los habitantes son unos dos mil. Quizá sea el botijo «colorao» de Salvatierra el más extendido y conocido por toda España. En Salvatierra, los alfares están en la vivienda, en el «cuartón» de trabajo, y no sólo el hombre trabaja, sino que lo hacen igualmente la mujer y los hijos. Hasta tal punto es una industria familiar, que cuando en 1967 se fundó una cooperativa con diecinueve alfareros, fracasó porque no se contó con el trabajo de las mujeres y de los hijos. En las visitas realizadas a distintos alfares, siempre se me dijo que el trabajo de la mujer es imprescindible y que tiene tanta tarea como el hombre. Lo comprobé con mis propios ojos. El hombre está en el torno y ella es la que retira las tablas con las piezas torneadas hasta que tengan el temple debido. Ella es la que «da la tintá» (dar una cubierta de barro más rojo) a las piezas y ellas son las que bruñen los cacharros. Se llama bruñir a rascar con un canto del Guadiana la pieza seca, dibujando motivos vegetales estilizados. El contraste entre el dibujo bruñido por el roce del canto y el fondo mate es en lo que consiste la característica decoración de las vasijas de Salvatierra. Existen también las decoradas con «bordados» realizados con tierra blanca. Otro capítulo importante lo constituye la fabricación de cazuelas, pucheros, orzas, baños, siempre con vidriado de plomo. La venta de todas estas piezas se hace al carguero por «reales», es decir, por lotes, sistema del que derivan los nombres que reciben las piezas: «de a real», «de a real y medio», «de a tres», etcétera.

Lo más destacable y lo que ha dado renombre a Salvatierra son los botijos bruñidos y «coloraos». Los llaman «piporros». Se hacen de siete tamaños, bautizados con estos nombres: «embeleco», «chingue grande», «chingue chico», «colegial», «mico», «pistolero» y «juguete de miniatura».

Hay que añadir a éstos el modelo «de nevera» (más aplanado), de reciente incorporación. Se venden por docenas a un precio irrisorio, causa principal de que los alfareros, a pesar del trabajo duro que realizan, no salgan de la pobreza. Un ejemplo: Manuel Monje, su mujer y sus dos hijos trabajan jornadas de dieciséis horas y entre todos no llegan a las quinientas pesetas diarias. ■ N. S.